

SUPERAR LA EMANCIPACIÓN¹

Jürgen Habermas es el único filósofo contemporáneo cuya *œuvre* podría compararse con éxito a los logros enciclopédicos del idealismo alemán. A todas luces, la ambición de la primera Escuela de Frankfurt por transformar este legado filosófico en una teoría social que mediaría entre los proyectos de Marx, Weber y Freud parece no sólo haberse alcanzado, sino haber sobrepasado sus expectativas: la tradición de Horkheimer y Adorno abarca ahora un amplio abanico de programas de posguerra en el campo de la lingüística, de la filosofía política normativa, de las relaciones internacionales, de la psicología infantil y de la bioética. La constante en esta empresa de síntesis que aún continúa es un espíritu de compromiso público que ha influido en numerosas intervenciones de gran calado en los debates políticos de la República Federal Alemana desde la década de 1950 hasta nuestros días. Puede sostenerse que Habermas es un caso único en la historia intelectual: un filósofo para quien el *esprit de système* en pocas ocasiones ha impedido hábiles adaptaciones a las tendencias preponderantes.

El perfil trazado por Martin Beck Matuščík ofrece por primera vez —en lengua alguna— una panorámica crítica de toda su carrera como intelectual público. Matuščík, un antiguo alumno de Habermas gracias a un beca posdoctoral Fulbright, aborda su objeto de estudio con una sugerente combinación de enorme respeto y de escepticismo sagaz. La trama de esta biografía descansa en una narrativa escrita en presente de indicativo y nada convencional, que escudriña la misma vida bajo tres registros: una excavación en el inconsciente político de la primera generación posbélica de jóvenes adultos marcados indeleblemente por la catástrofe alemana; un relato meticuloso de los tópicos de una evolución desplegada a través de una sucesión de coyunturas; y un rastreo menos consistente de los momentos decisivos en el desarrollo de la concepción de Habermas de la teoría crítica social. Matuščík reconstruye la trayectoria de sus intervenciones políticas a modo de una secuencia de encuentros existenciales con los momentos decisivos de la política de posguerra y de traducciones fallidas de

¹ Martin Beck MATUŠČÍK, *Jürgen Habermas: A Philosophical-Political Profile*, Rowman and Littlefield, Lanham, MD, 2001, 384 pp.

la teoría a la práctica. Escrita en un estilo sin pretensiones, si bien algo recargado, este retrato capta eficazmente los episodios formativos de una figura que ha buscado persistentemente definir las fronteras de una oposición responsable.

Nacido en Düsseldorf en 1929, Habermas creció en la pequeña ciudad de Gummersbach, hijo de un comerciante modestamente acaudalado y políticamente conformista que fue miembro del Partido Nazi, y esta es una de las revelaciones de Matušík, desde el 1 de mayo de 1933 hasta la caída de Berlín en 1945. Quien fuera su hijo pasó por el Tercer Reich sin incidentes y por un breve periodo de tiempo, poco antes del fin de la guerra, estuvo al servicio de las Juventudes Hitlerianas. La experiencia de la derrota catastrófica –posteriormente traducida como liberación– marcó de modo definitivo a su generación. Las revelaciones a que dieron lugar los juicios de Nuremberg arrojaron una luz retrospectiva aterradora sobre la normalidad de la vida cotidiana en este ambiente. En entrevistas con Habermas, éste ha descrito los primeros años de ocupación, de reeducación y de democracia tutelada posteriores a la guerra como una época de esperanzas vanas en una ruptura neta con un pasado nacional sospechoso, si bien en gran parte todavía sin examinar. Previamente al despunte de la Guerra Fría, Sartre, Mann, Kafka e incluso Brecht habían comenzado a dar forma a la mirada de una cohorte generacional que imprimiría notas intermitentes de disidencia cautelosa en la atmósfera restauracionista de la década de 1950. En aquella época Habermas comenzó su disertación sobre Schelling bajo la influencia de Heidegger, quien suponía una presencia inquietante en el panorama intelectual de la primera época de la República Federal. Las trayectorias nazis de muchos destacados académicos, incluidos los propios mentores de Habermas en Göttingen, Erich Rothacker y Oskar Becker, aún se ocultaban bajo una cobertura de silencio. El hecho de que Heidegger decidiera reeditar un texto escrito a mediados de la década de 1930 donde con tono pesimista se refería de soslayo a la «verdad y grandeza interior» del Nacional Socialismo (ahora convertido en «el movimiento»), y su subsiguiente rechazo a retractarse, suscitó una angustiada respuesta por parte de un joven admirador ahora profundamente decepcionado.

Inmediatamente después se produjo el cambio de orientación: mientras finalizaba su disertación, Habermas comenzó a leer seriamente a los jóvenes hegelianos, el primer Marx y el Lukács de *Historia y conciencia de clase*. Esta experiencia le abriría los horizontes al mundo intelectual de los exiliados. El régimen nazi había conseguido borrar a Marx y a Freud de la cultura alemana: después de la guerra, a primera vista podían parecer fósiles exóticos de una época remota. El contacto personal con Marcuse fue el punto de partida que le permitiría introducirse en la órbita de la recién restablecida Escuela de Frankfurt. El regreso de Horkheimer y Adorno a Frankfurt formaba parte de la restauración generalizada de la sociología que tuvo lugar en el periodo de posguerra. Esta disciplina se reveló en poco tiempo un terreno habitual de discrepancias entre aque-

llas escuelas más inclinadas hacia la filosofía y aquellas otras que defendían las ciencias sociales libres de juicios de valor. Habermas recuerda que la lectura de *Dialéctica de la Ilustración* fue lo que le permitió apreciar por primera vez la relevancia contemporánea de Marx; una pretensión más bien sorprendente puesto que Marx, dejando a un lado la lucha de clases o el socialismo, en realidad apenas aparece en este trabajo. Para alarma de Horkheimer, Habermas también comenzó a rescatar tesoros enterrados en los archivos de preguerra del Instituto. Pero en agudo contraste con sus predecesores, estaba simultáneamente familiarizado con otros productos de importación: el positivismo lógico, la psicología empírica social y el pragmatismo. Las tensiones entre Horkheimer y Habermas comenzaron a aflorar, no en torno a estos intereses recién descubiertos, sino antes bien a raíz de los primeros intentos del joven pensador por desarrollar una teoría crítica que pudiera inducir una política de oposición. Horkheimer, anclado en el terror a la reincidencia del fascismo, no veía alternativa al orden que Estados Unidos garantizaba en Alemania occidental y se sintió ofendido por la participación de Habermas en la campaña a favor del desarme nuclear. Si bien Matušík analiza celosamente este conflicto, no se adentra en la influencia perdurable que Horkheimer y Adorno ejercen sobre Habermas como modelos de conducta política. No obstante, la postura ulterior mantenida por Habermas hacia el activismo radical puede leerse como un tributo tácito a la persistencia de su autoridad, una relación que desde la valoración generacional de Matušík se tiende a oscurecer.

La repulsa políticamente fundada de Horkheimer hacia la investigación que se convertiría en la disertación de Habermas, el trabajo preparatorio para *La transformación estructural de la esfera pública*, provocó la salida de su autor de Frankfurt y su traslado a Marburg para trabajar bajo la batuta de Wolfgang Abendroth, en aquella época uno de los pocos profesores marxistas de la República Federal. Publicado en 1962, la recepción internacional de la que goza este libro al día de hoy ha asentado firmemente su reputación como obra maestra de la sociología histórica. Pero si bien en la actualidad éste sea probablemente uno de sus escritos más conocidos, tiene un *status* peculiar entre las valoraciones contemporáneas del pensamiento de Habermas pues rezuma una vocación más prematura y más radical por la teoría crítica. El núcleo de esta obra descansa en una representación prototípica de la primera «esfera pública» moderna: un ambiente burgués de cafés, salones, clubes de debate, publicaciones del mundillo de los escritores desconocidos y correspondencia erudita, que en Francia e Inglaterra constituyó la infraestructura comunicativa de la Ilustración. Después de rastrear la decadencia gradual de esta República de las Letras multinacional perdida en las profundidades de la opinión pública del siglo xx, manipulada y tomada por los medios de comunicación de masas, Habermas abre la perspectiva remota de una Ilustración por venir en la que una democracia crítica pudiera no sólo invertir la degeneración de las tradiciones liberales, sino que más allá de ellas, lograra desarrollar un orden más igualitario.

Este texto, como bosquejo escueto de las condiciones históricas de posibilidad de una revolución cultural en el Occidente del capitalismo avanzado, en muchos aspectos continúa sin haber sido superado. En el estudio de Matušík de la trayectoria de Habermas, se podría haber exprimido más provechosamente esta obra doctoral pues proporciona uno de los pocos ejemplos en su carrera donde se puede utilizar la prognosis teórica para juzgar la práctica política. Ciertamente es significativo que desde que Habermas comenzara a ser publicado en inglés, aparentemente él mismo haya desalentado durante muchos años su publicación, compartiendo de este modo el espíritu mostrado por Horkheimer en su actitud hacia sus propios escritos de preguerra. En lo que respecta a Alemania, su aparición a principios de la década de 1960 electrificó a los estudiantes radicales y se convirtió en una referencia clave para el SDS después de su expulsión de las filas del SPD. No pasó mucho tiempo desde que concluyera este trabajo antes de que la fama académica de Habermas comenzara a subir como la espuma. Con el apoyo de Adorno regresó a Frankfurt en 1964 en calidad de profesor de filosofía y sociología, ostentando así la misma posición que anteriormente había ocupado Horkheimer. Sucesivas remesas de estudiantes cada vez más disidentes pasaban ahora a verle como a un partidario crítico de sus causas.

El papel catalizador de Marcuse fue mucho más central en este fermento. Sus conceptos de «desublimación represiva», de «hombre unidimensional» y de «rechazo absoluto» captaron más vívidamente la confluencia del antiimperialismo, de las revueltas en los guetos estadounidenses y de los descontentos generacionales en el seno del capitalismo opulento. Por el contrario, los escritos de Habermas de este periodo fueron siempre más escépticos acerca de cualquier traducción inmediata del legado de Frankfurt a la política real. Su colección de ensayos de 1963 *Theory and Practice* ofrecía una genealogía de las concepciones positivistas de la ciencia social según las cuales la política depende de la selección de los medios libres de juicios de valor adecuados que le permitan aferrar racionalmente sus verdaderos e injustificables fines. En oposición a tales doctrinas, Habermas proclamaba la idea de una teoría social autorreflexiva que mediante la formulación de los criterios de una política emancipadora fuera capaz de superar el relativismo atrincherao en las diferentes esferas de una sociedad fragmentada, sin caer en apelaciones dogmáticas a una perspectiva arquimedea u holística. Posteriormente y en esta misma década, un trabajo más sistemático, *Conocimiento e interés*, pretendía anclar la posibilidad de una orientación metodológica reflexiva de este tipo en un interés humano cuasitrascendental por aliviar la carga de las penas producto del hacer humano, por encima y más allá de nuestra finitud natural. El compromiso con este interés, sostenía, conforma el horizonte dentro del cual las relaciones sociales se pueden conceptualizar como la pantalla opaca donde se reflejan formas de vida sistemáticamente dañadas. El psicoanálisis, antes que el marxismo, proporcionaba el paradigma para un adecuado diagnóstico.

Matušík sitúa el *leitmotif* de este proyecto emergente en la síntesis del acervo liberaldemócrata de 1945 con las aspiraciones revolucionarias de la década de 1960. En todo caso cuando los estudiantes alemanes, integrados cada vez más por militantes antiimperialistas, amenazaron con traspasar los límites de esta misión se encontraron con una descarga de represión implacable. En el periodo comprendido entre 1967 y 1969 la tensa relación entre los grupos de estudiantes radicales y los veteranos de la Escuela de Frankfurt estalló en una declaración abierta de hostilidades. Matušík recrea esta ahora legendaria pieza de teatro político con vivo detalle. En 1967, a los pocos días del asesinato por la policía de Benno Ohnesorg² durante una manifestación contra el sah, Habermas dejaba estupefactos a su admiradores al censurar una llamada bastante moderada a la acción en el campus realizada por Rudi Dutschke tachándola de ser el calco de un «fascismo de izquierdas». La desmesura de la acusación lanzó una onda expansiva que atravesó toda una cultura de protesta que no era violenta, aunque sí estruendosa. Matušík observa que esta imprecación, más que ninguna otra cosa de las que Habermas iba a escribir, fue lo que vino a definir su relación con quienes estaban a su izquierda. En 1969, el veredicto dictado fue más moderado, si bien igualmente cáustico: declaró que la revuelta del año anterior había sido una revolución fantasma que no había transformado la sociedad sino que la había dejado completamente al límite. La identificación con las luchas revolucionarias del Tercer Mundo era la compensación ilusoria a su incapacidad para doblegarse a la inmovilidad democrática de las sociedades del capitalismo avanzado. Con estas agrias palabras se despedía el sucesor de Horkheimer. La muerte de Adorno condujo a la desintegración definitiva de la Escuela de Frankfurt y a la partida de Habermas hacia el Instituto Max Planck en Starnberg,

² M. BASCETTA, S. BONSIGNORI, S. PETRUCCIANI, F. CARLINI, 1968. *Una revolución mundial* (obra multimedia: CD-ROM/libro), Madrid, Ediciones Akal, 2001: «El 1 de junio de 1967, el intelectual persa Bahman Nirumand pronuncia en la Universidad Libre de Berlín una conferencia concurrendísima sobre las condiciones sociales en Irán y la influencia de las multinacionales del petróleo. El 2 de junio, el sah de Persia Reza Pahlevi y su consorte Farah Diba visitan Berlín. Centenares de estudiantes reciben con silbidos al monarca de Teherán, siendo agredidos por grupos de jóvenes iraníes favorables al sah. Durante la tarde, las filas de los manifestantes se refuerzan y la policía interviene con cargas violentas. Durante los enfrentamientos un joven estudiante, Benno Ohnesorg, cae fulminado por un disparo de pistola. La policía y la prensa de Axel Springer, comprometida en una obsesiva campaña de difamación contra el movimiento estudiantil, acusan inmediatamente a los estudiantes de haber disparado. El movimiento responde exhibiendo una impresionante documentación fotográfica sobre los enfrentamientos y los efectivos utilizados por la policía. Se constituye una comisión de investigación que después de haber examinado centenares de testimonios atribuye la autoría del asesinato al funcionario de policía Karl Heinz Kurras. Los tribunales, sin embargo, no considerarán suficientes las pruebas presentadas y Kurras será readmitido en el cuerpo de policía. La muerte de Ohnesorg, que los dirigentes de la SDS [Sozialistischer Deutscher Studentenbund; Liga de los Estudiantes Socialistas Alemanes] valoraron como «el primer delito político de la posguerra», tuvo una inmensa repercusión y alimentó el desarrollo tumultuoso del movimiento de protesta en toda Alemania. El 9 de junio, después de los funerales de Ohnesorg en Hannover, tuvo lugar un gran congreso de los estudiantes con el lema «Universidad y democracia» en el que se radicalizaron las posiciones del movimiento y su actitud de enfrentamiento contra las instituciones y las reglas establecidas».

lo que hizo que la desmoralización de los años anteriores llegase a un punto definitivo.

En 1969 llegó al poder el primer gobierno alemán de izquierdas tras la Segunda Guerra Mundial liderado por Willy Brandt con el eslogan: «Apuesta por más democracia». No obstante, el programa reformista del gobierno socialdemócrata pronto colisionó con el declive de la economía mundial iniciado a principios de la década de 1970, preparando el terreno para lo que a la larga se convertiría en un coro permanente de alarma conservadora ante las cargas insostenibles del Estado del bienestar y los males de una sociedad excesivamente reflexiva y liberada. Matušík da vida admirablemente al drama cultural-revolucionario de 1968, pero al mismo tiempo no consigue reflejar el impacto de esta coyuntura material posterior sobre la concepción de Habermas de la teoría crítica. Éste es el momento en el que su escepticismo hacia la agenda clásica de la emancipación social se volvió programático. Habermas dedicó la mayor parte de esta década a trabajar en lo que ostensiblemente se trata de su obra maestra: los dos volúmenes de *Teoría de la acción comunicativa* publicados en 1981. Una obra en la que da muestras de una fluida erudición en casi todos los lenguajes de la teoría social desde el final del siglo XVIII hasta nuestros días. Pero si antes eran Marx y Freud quienes habían proporcionado las líneas maestras de su visión de la dialéctica ilustrada, ahora es la teoría de sistemas de Talcott Parsons la que descubre la forma arquitectónica de la modernidad perfilando unas fronteras más delimitadas a la crítica racional de la sociedad. Al dejar sin explorar sus conclusiones, Matušík pierde la pista de la deriva conservadora que se produjo en la perspectiva teórica de Habermas a medida que la restauración civil de 1945 eclipsaba efectivamente la Fronda de 1968, ahora únicamente perceptible en una franja luminosa –o alternativamente ominosa– de la *Grundgesetz* [«constitución»].

Resucitando un venerable tropo de la sociología, la modernización ahora se presentaba como la división de la sociedad en esferas separadas –la administración, los mercados y el ámbito más fluido de la comunidad comunicativa–, cada una de ellas gobernada por distintos modelos de funcionamiento. En esta aproximación, se priva a la cultura de su tradicional función legitimadora como visión integradora del mundo y se la distribuye sobre una parrilla de especialización donde la ciencia, el derecho y el arte establecen criterios de juicio específicos, inmanentes. Habermas mantiene que esta autopoiesis racionalizadora requiere la continuación de la ilustración en la nebulosa del mundo de la vida, si ha de preservarse la cara humana de la sociedad moderna. Incrustada en las condiciones de realización de la enunciación humana se encuentra la expectativa normativa de que una comunicación sin trabas hará brotar el consenso. Este principio proporciona una posición privilegiada para la crítica del vasto e intrincado entretejimiento de las operaciones monetarias, de la administración pública y del conocimiento técnico especializada que tienden a frustrar este acuerdo natural. En oposición a una crítica de la economía

política centrada en la explotación o en la emancipación de una fuerza de trabajo cosificada, la norma de la comunicación no distorsionada traza el único horizonte realista de progreso para las sociedades avanzadas. Pero una política inspirada en ella debe permanecer dentro de los límites establecidos por los órdenes impersonales de la burocracia y el dinero, en la medida en que cualquier intento de sobrepasarlos con renacimientos de aspiraciones de autodeterminación únicamente puede servir para cancelar los logros de la racionalización social. La perspectiva remota de una afirmación social de la soberanía popular que Habermas sostuvo en *La transformación estructural de la esfera pública* ha sido definitivamente revocada. El núcleo rescatable de una política de la emancipación no es más que un equilibrio entre el dinero, el poder y la solidaridad.

Habermas, sin embargo, no brindaba una glosa optimista del capitalismo socialdemócrata. Si en un principio se presentaba un Estado del bienestar constitucional dinamizado por protestas políticas surgidas de formas de vida alternativas como la forma acabada de la racionalización social, la *Teoría de la acción comunicativa* finaliza con la desoladora observación de que la crisis capitalista había frenado efectivamente la marcha hacia delante de este proceso, dinamizando tendencias que ahora amenazaban con hacer que retrocedan los avances de posguerra mediante un prolongado y desmoralizante proceso de desgaste. Esta conclusión desconcertante, donde la severidad de la encrucijada se agrava por la imposibilidad de alcanzar alguna solución política concertada, epitomiza la inquietud sentida por el último Hegel ante una modernidad que no acababa de adquirir su forma comprensiva y arquitectónica. Pero en el caso de Habermas, no son las convulsiones de la soberanía popular lo que disturba el edificio majestuoso de la razón objetiva, sino la atenuación de lo que ha venido a ocupar su lugar.

Entretanto, otra revolución fantasma más ominosa estaba amenazando la paz civil alemana. Cuando Habermas todavía se encontraba escribiendo los dos tomos en el Instituto Max Planck, la República Federal se vio sacudida por una serie de asesinatos espectaculares de políticos y hombres de negocios desatacados cometidos por las células clandestinas de la Fracción del Ejército Rojo³. Ahora era cuando la reacción política que no había sido capaz de materializarse en el desenlace de 1968 descargaba toda su poten-

³ *Ibid.*: «El nacimiento de la RAF (Rote Armee Fraktion/Fracción del Ejército Rojo), aunque la organización no tuvo jamás un apoyo significativo ni una amplia difusión como, por ejemplo, los grupos armados italianos, está estrechamente ligado a situaciones típicas del 1968 alemán: predilección por el gesto ejemplar, durísima represión, ideología antiimperialista, teoría de la irreversible integración de la clase trabajadora, pesadilla del nazismo y moralismo radical. Sobre la base de estos ingredientes, un grupo heterogéneo de militantes, abocados a la clandestinidad por estar condenados por delitos menores, se agruparon para dar vida a la organización armada. El inicio de las actividades de la RAF tiene lugar el 3 de abril de 1968 cuando Andreas Baadeer, Gudrun Ensslin, Proll y Soehnlein cometen un atentado incendiario en dos grandes establecimientos de Frankfurt. Su objetivo era recordar a la sociedad consumista los horrores de la guerra de Vietnam. Arrestados al día siguiente y con-

cia. La prensa amarilla, las listas negras académicas, los juramentos de lealtad y las muertes en prisión evocaban el estado de emergencia de épocas pasadas. Matuščík se detiene ante la valerosa respuesta de Habermas al otoño caliente de 1977; en aquellos momentos conservó la entereza ante el pánico contraterrorista y al mismo tiempo defendió a la Escuela de Frankfurt frente a la acusación de haber sembrado en la década precedente las semillas de la violencia.

denados posteriormente, Baader y Ensslin quedan en libertad después de catorce meses al vencer el periodo de detención preventiva y pasan a la clandestinidad. En Berlín se reúnen con Mahler, también él con graves problemas judiciales, con Ulrike Meinhof, que los esconde, con Jan-Carl Raspe y con varios militantes más. Se comienza a teorizar la lucha armada en la clandestinidad. En 1970, Baader es arrestado y los demás organizan una acción para liberarlo. La acción tiene éxito, pero durante la fuga se produce un herido, por lo que para todo el grupo la clandestinidad pasa a ser una elección obligatoria. En un primer momento, el grupo se refugiará en Damasco y posteriormente en Jordania, donde recibe adiestramiento en un campo de *fedayin*. Al volver a Alemania comienza una larga peregrinación a través del país, jalonada de ataques a mano armada para subvencionar a los clandestinos, que llegan a ser una treintena de personas. A finales de 1970, la RAF está prácticamente constituida. En la primavera de 1971, Ulrike Meinhof difunde su manifiesto teórico-político, el *Konzept Stadtguerrilla*. Se rompe todo nexo con las luchas sociales y con el movimiento. La RAF se considera un comando del gran ejército del Tercer Mundo que provoca la agitación tras las líneas enemigas, siendo su objetivo principal las fuerzas estadounidenses en Alemania. A principios de 1972, la RAF alcanza el punto más alto de su expansión como organización: ocho grupos actúan en seis ciudades alemanas. Las principales acciones del grupo se concentran en la primavera de este año: el 11 de mayo, en Frankfurt, una bomba asesina a un oficial estadounidense y hiere a 13 personas; en Augsburg se realizan atentados contra varias comisarías de policía y tribunales, con diversos daños y heridos; el 19 de mayo explota una bomba en la sede del grupo Springer en Hamburgo, resultando heridos varios empleados; el 24 de mayo hacen explosión dos coches-bomba en el cuartel general estadounidense de Heidelberg: mueren tres militares y se producen daños ingentes. Pocos días después, el 1 de junio, Baader, Raspe y Meins son arrestados; el día 7, Gudrun Ensslin; el 15, Ulrike Meinhof y Gerhard Müller. Se inicia así un largo periodo de detención que busca la destrucción física y psíquica de los prisioneros. En noviembre de 1974, Holger Meins muere después de una larga huelga de hambre. Al día siguiente se asesina en Berlín al juez Von Drenkmann. El proceso contra el grupo se inicia en mayo de 1975. Ulrike Meinhof no verá el final; aparecerá ahorcada en su celda el 9 de mayo de 1976. Todo se precipita en 1977. En abril, la RAF todavía se hace sentir: el fiscal general Buback y un hombre de su escolta son asesinados. Baader, Ensslin y Raspe son condenados a cadena perpetua. En julio, Jürgen Ponto, presidente del Dresdner Bank, cae asesinado y el 5 de septiembre la RAF rapta al presidente de la patronal, Hans Martin Schleyer, con el objeto de intercambiarlo con los detenidos; las cuatro personas que le acompañan son asesinadas. El 18 de octubre, un comando palestino secuestra una avión alemán sobre Mogadiscio. También en este caso se exige la liberación de los prisioneros de la RAF. La postura del gobierno alemán es de la máxima firmeza. Se libera a los secuestrados el 19 de octubre mediante una acción militar en la pista de Mogadiscio. Se encuentra a Baader y Ensslin asesinados en sus celdas mientras que Raspe e Irmgard Möller resultan gravemente heridos. Sólo esta última sobrevivirá. Según la versión oficial se habrían suicidado, pero jamás se dio una respuesta convincente de lo ocurrido en la cárcel de Stammheim, ya que las investigaciones se condujeron entre contradicciones y una gran oscuridad. El cruel trato que se dio a los presos de la RAF y las medidas legislativas y represivas que se adoptaron en la lucha contra el terrorismo suscitaron críticas e indignación en diferentes sectores de la opinión pública europea, a pesar del absoluto aislamiento político del grupo y de la unánime condena de los crímenes cometidos. El mismo día 19 de octubre se encontró en Mulhouse el cadáver de Schleyer.

Defraudando las expectativas depositadas en una larga era de dominio socialdemócrata, en 1982 una coalición de centroderecha alcanzó el poder con la defección del partido liberal conducido por Genscher hacia el lado de la CDU. El poder democratacristiano demostraría un manejo más firme de las fórmulas orgánicas de gobierno en la década de la segunda Guerra Fría. Este mismo año Habermas regresó a Frankfurt coincidiendo con las protestas masivas contra el gobierno de Khol por su aprobación a la instalación de misiles Pershing por parte de Estados Unidos. Para él la subsiguiente campaña de desobediencia civil era una saludable manifestación de resistencia desde el mundo de la vida al poder exento de responsabilidad y superando previas inhibiciones defendió su compatibilidad con el auténtico espíritu de la Ley Fundamental. A pesar de estas expresiones de simpatía, Habermas no cuestionó la integración de Alemania Occidental en la OTAN. Pero Matuščík no presta atención a la tensa relación de Habermas con el recién constituido Partido Verde, una formación política que había surgido de las aún intactas subculturas de 1968. El filósofo criticó duramente a los primeros verdes por sus numeritos «de lunáticos» en el Bundestag, por su «irresponsable antiamericanismo» y por su visión nostálgica de una nación dividida, atrapada entre dos bloques de potencias nucleares.

En su lugar, Matuščík nos ofrece una detallada crónica de las batallas de Habermas contra un resurgente neoconservadurismo, el cual temía que pudiera dar marcha atrás a la accidentada travesía de la República Federal para integrarse en el círculo de la cultura occidental. La imagen de Reagan y Khol homenajando a los caídos de la Segunda Guerra Mundial ante las fosas de las SS en Bitburg hizo evocar el espectro de un inquietante revisionismo en el que el papel de Alemania en la Alianza posbélica podía aparecer como una continuación de sus esfuerzos del periodo bélico en el frente oriental. Precisamente esta conexión se encontraba elaborada en la tesis incendiaria del historiador Ernst Nolte, quien sostenía que el nazismo en Alemania debería verse como una respuesta patológica de la sociedad burguesa ante la amenaza asoladora que suponía el terror rojo en Rusia; y en consecuencia, apelaba a una comprensión potencialmente más empática. El «debate entre los historiadores» que estalló en 1986 en torno a este y a otros intentos por ofrecer un juicio retrospectivo supuestamente más equilibrado de la coyuntura histórica del *Reich* alemán acaparó la atención internacional cuando Habermas apareció en escena para arremeter contra la insinuación de que hubiera algo recuperable de este legado geopolítico. No obstante, sus enérgicas refutaciones se entremezclaban con un alejamiento drástico de cualquier intento por revivir el anacrónico programa de la reunificación nacional. Animado por los mismos sentimientos, Hans-Ulrich Wehler se lamentaba de que la nostalgia conservadora por esta unidad hacía más por poner en peligro la lealtad de la República Federal hacia Occidente de lo que lo había hecho, incluso, el necio parloteo de los Verdes. Habermas declaró que la única forma viable de identidad colectiva que quedaba para la República Federal consistía en un patriotismo constitucional, vaciado de todo vestigio retronacionalista.

En aquel momento en el que nadie podía prever que tres años después la RDA sería borrada del mapa, la ceguera de Habermas respecto a la división del país malamente se podía comparar con los testimonios vertidos desde otras partes de la izquierda menos obsesionadas con Bonn y más sensibles hacia la probabilidad de que las realidades históricas subsistieran una vez concluida la Guerra Fría. Le honra considerablemente el hecho de que cuando en 1990 llegó la reunificación, Habermas se opuso a la inmediata *Anschluss* del Este y abogó para que en su lugar y de acuerdo con el artículo 15 de la *Grundgesetz* se llevara a cabo una nueva reforma constitucional aprobada por un referéndum en ambas partes del país. Pero la fuerza de su llamada se vio debilitada por su incapacidad anterior –compartida con prácticamente toda la corriente dominante dentro de la izquierda liberal en Occidente que acriticamente celebró 1945 como el año de la liberación aliada– para responder con algo de imaginación a las consecuencias de la división producida tras la guerra.

Poco tiempo después, tanto en los nuevos como en los viejos *Länder*, se desencadenaron una serie de pogromos contra inmigrantes que llevaron a las generosas disposiciones en materia de asilo contenidas en la Ley Fundamental –legado de los desplazados tras los ajustes de posguerra– a convertirse en objeto de un duro cuestionamiento. También en esta ocasión, Habermas levantó la voz con una claridad y un vigor encomiable contra los peligros de un racismo incipiente, expresando su compromiso persistente con una visión del orden político anclada en normas humanitarias. La reunificación alemana únicamente puede conciliarse con ellas, alegaba, por medio del rechazo inequívoco de cualquier intento de demostración de fuerza en Europa, y por la firme resolución de perseguir una integración cada vez mayor en la UE. Desarrollando la concepción de una democracia posnacional, Habermas advirtió de que el retorno a la antigua capital en la República de Berlín alentaba la resolución complaciente de que al fin se había logrado restablecer la plena nacionalidad. En el preciso momento en el que la historia mundial había decidido reducir el papel de la nación, la nostalgia conservadora estaba embarrando la aguas de la percepción cultural, postergando la adopción de un compromiso a la altura del momento histórico.

En estas intervenciones –acerca de Bitburg, del «debate de los historiadores», de la reunificación y de la Ley de Asilo– Habermas ha jugado el rol de un atento guardián intelectual, alertando al público de los peligros omnipresentes que alberga la amnesia política. Naturalmente Matušík hace honor a este balance político. Pero no puede separarse tan fácilmente del lado de Habermas que le perturba. Esta misma actitud es la que llevó a Habermas, en un extraordinario alarde de indiferencia hacia la precisión histórica que cogió de improviso incluso a sus amigos cercanos de la izquierda liberal, a alabar la grotesca destilación de la moderna identidad nacional alemana previa a la ocupación realizada por Daniel Goldhagen, como si estuviera ante un antisemitismo psicótico. La endeblez de este *best-seller* estadounidense aparentemente le preocupó menos que su versatilidad para ser

exprimido políticamente. Los espectros de un pasado atroz, que siempre amenaza con regresar, únicamente podrían exorcizarse mediante la abjuración eterna de la tentación a devenir un Estado autónomo. La autodisolución en una federación europea –y en su día mundial– es la vía para ir saldando esta deuda con otros países, los cuales pueden ajustar sus propias agendas para dar paso a una era posnacional. Matušík es reacio a desafiar la elevada posición de Habermas encaramado sobre la atalaya de la conciencia de la nación, pero es precisamente desde esta posición desde donde un antifascismo anacrónico dictaría sentencia sobre el destino de Belgrado y de Bagdad.

Este momento coincidiría con la entrada de Matušík en el círculo de Habermas en Frankfurt; una experiencia que le dejó una huella indeleble. A pesar de su respeto hacia el filósofo, no fue capaz de seguirle en su apoyo a las guerras estadounidenses en el Golfo y en los Balcanes. Lo más doloroso de todo, en esta alianza con los «liberales por las bombas de racimo», era el llamativo contraste entre la intemperada condena de Habermas hacia las protestas de estudiantes desarmados de 1968 y la complacencia mostrada ante la oleada de violencia militar de alta tecnología por parte de la máquina estatal más poderosa del mundo; por un lado, «su temor al activismo en las calles y a las aspiraciones revolucionarias» y, por otro, su «apoyo hasta niveles extremos del monopolio estatal de la violencia y la muerte». La pasión de los reproches de Matušík es tanto más impactante si se tiene en cuenta la sinceridad de su apego a Habermas. Tampoco podía cerrar los ojos ante otros signos de adhesión al *statu quo* atlántico. Cuando se refiere a *Between Facts and Norms*, escribe:

En la teoría de Habermas la necesidad de una democracia económica no existe como posibilidad, ni teórica ni práctica. El capital, el trabajo y los mercados de inversión existentes pasan por ser incontestables: están diseñados por los economistas de mercado y son utilizados por los empresarios de acuerdo con criterios de eficiencia, puesto que la eficiencia no puede ser traducida al lenguaje de la justicia social y viceversa [...]. En suma, el capitalismo y la democracia no son contradictorios, ya que no hay nada antidemocrático en la eficiencia y la democracia no tiene nada de económico.

Éstas son las críticas vertidas por un admirador cuya buena fe está más allá de toda duda. Su motivación descansa en la convicción de que en tales ocasiones Habermas –encarnación viviente de la teoría crítica en opinión de Matušík– no ha sabido comprender la lógica política de su propio proyecto teórico. Pero si se acepta la premisa de que en su origen yacía el tenaz empeño por traer a la luz las potencialidades ocultas para una emancipación en el presente, la conclusión más razonable es que ahora Habermas ha abandonado este proyecto y lo ha sustituido por otro. Hoy el problema es cómo universalizar y amarrar institucionalmente las normas de la civilización liberal demócrata con la debida consideración hacia la diversidad de las culturas humanas, en último término encalladas en los restos simbólicos de las religiones del mundo. A la luz de esta preocu-

pación contemporánea, la concepción clásica de la soberanía popular concebida como el poder constituyente de una sociedad autodeterminada puede rechazarse como una metafísica nacional primitiva. Las arcaicas fantasías de una emancipación colectiva –Habermas ha aclarado que él ya no utiliza este término– están siendo reemplazadas por una geopolítica de los derechos humanos en gestación.

De acuerdo con esta prospección, una visión clara del horizonte de la modernidad solamente puede emerger si sustituimos la fantasía de un pueblo soberano como sujeto colectivo por un constitucionalismo procedimental enraizado en las reglas intersubjetivas de un mutuo acuerdo libremente alcanzado. Los recelos provocados porque este consenso pudiera conformar no obstante un dispositivo de coerción opaca e indefinida se relegaban ahora a digresiones ocasionales. El nuevo Habermas es esencialmente un filósofo del *establishment*, con poco gusto por la hermenéutica de la sospecha. La tarea de la crítica consiste simplemente en clarificar las intuiciones que subyacen a las disposición constitucional existente, bloqueando el paso a cualquier *mayoritarismo* regresivo. Donde otras teorías de la democracia concebían erróneamente los derechos individuales como fiscalizadores de la voluntad de un sujeto colectivo devenido hipostático, Habermas defiende una democracia radical que, por el contrario, debe concebir tales derechos como la condición necesaria para la formación de un verdadero consenso; aunque deja sin explicar por qué esto es más o menos radical. Históricamente, aquellos que han condenado la democracia radical –por el temor al poder coercitivo de las multitudes soberanas para disolver los derechos de propiedad e introducir una igualdad más aplastante– han tenido buenas razones para identificarse con la primera concepción y no con la última.

Habermas, por el contrario, considera que las constituciones modernas están expuestas a su propia abolición, no a causa de una insurgencia surgida de las profundidades de un mundo de la vida amenazado, sino debido a una disolución de la jurisdicción estatal en un orden legal cosmopolita global llevada a cabo por sus gobiernos. Europa es la primera parada para Alemania en su hipotético viaje hacia una federación mundial. Una travesía, nos recuerda, sembrada de riesgos en la medida en que las líneas tendenciales de la globalización son extremadamente difíciles de extrapolar. Desde el punto de vista de Habermas, la atmósfera de «desamparo ilustrado» que acampa sobre la corriente predominante de la izquierda no se encuentra justificada, ya que a medida que se agota la solidaridad proporcionada por el bienestar nacional de la *Gemeinschaft* [«comunidad»], otras nuevas solidaridades están emergiendo en el espacio de una *Gesellschaft* [«sociedad»] multicultural. Habermas aporta su concepción revisada de la democracia para servir de directriz en la gestión de las fricciones etnorreligiosas que lógicamente se darán en una sociedad formada por extranjeros. Pero, además, la retórica del multiculturalismo también proporciona un lenguaje adecuado para cierto modo de deshacerse de los legados del colonialismo. Él mismo escribe en *The Inclusion of the Other*:

En los trabajos recientes el *eurocentrismo* y la *hegemonía de la cultura occidental* operan como lemas de la lucha por el reconocimiento a escala internacional. La guerra del Golfo nos ha hecho conscientes de ello. Bajo la sombra de la historia colonial todavía viva en la mente de la gente, tanto las masas movidas por fines religiosos como los intelectuales secularizados, vieron la intervención aliada como una falta de respeto hacia la identidad y la autonomía del mundo árabe-islámico. La histórica relación entre Oriente y Occidente, y especialmente entre el Primer y el antiguo Tercer Mundo, sufre todavía las marcas de la falta de reconocimiento.

El giro hacia el discurso ético permite correr una cortina de eufemismo mistificador sobre la magnitud del imperialismo contemporáneo.

¿Pero qué cálculo de las fuerzas reales yace tras la redefinición habermasiana de la democracia? En los veinte años transcurridos desde la publicación de la *Teoría de la acción comunicativa*, el poder del capital ha llevado a cabo su Gran Salto Adelante. Habermas reconoce que este desarrollo amenaza con anular la fórmula de la modernidad entendida como equilibrio entre el dinero, el poder y la solidaridad. El dinero, libre y sin restricciones, parece cancelar la autonomía del Estado y estar acabando con un reducto tras otro del mundo de la vida. ¿Es el momento de dejar a Talcott Parsons y de regresar a Karl Marx? No, en absoluto. Por ahora carecemos de la respuesta política a nuestras adversidades. Ciertamente no se puede tomar en consideración ni un cierre nacionalista ni una secesión del mundo del mercado, aunque visto a la luz de los intentos del siglo xx por ejercer esta opción no tengan nada de lamentable. De acuerdo con Habermas, la modernidad es precisamente este proceso de «expansión» periódica del mundo de la vida mediante ondas de destrucción creativa. Estamos situados en el medio de otra Gran Transformación, y como aquella que se desplegó desde la mitad del siglo xix hasta la *belle époque*, el orden social se está reformulando mediante la circulación sin restricciones del dinero a una velocidad tal que el viento únicamente ondea los estandartes de quienes llevan las riendas de los carros de fuego de las finanzas mundiales.

Pero Habermas prefiere no trazar el paralelismo al que conduce inevitablemente esta aproximación polanyiana. A este respecto conviene señalar que la primera era de la globalización llevó a los horrores de la guerra mundial y del fascismo, antes de que el orden sancionado en Bretton Woods neutralizara la volatilidad del capitalismo mundial. Habermas sostiene que el momento determinante del siglo xx no fue la caída del comunismo, sino antes bien la derrota del fascismo, en la medida en que fue lo que hizo posible los dos avances decisivos del periodo de posguerra: el Estado del bienestar democrático y la descolonización. Sin embargo, no toma en consideración, a su vez, si el final de la Guerra Fría, cuya relevancia se reduce a una segunda entrega de la victoria sobre el totalitarismo, ha accionado una tendencia en la dirección contraria: hacia una nueva forma de imperialismo del *laissez-faire*. Si seguimos la narrativa de Polanyi se podría concluir que un vez más nos dirigimos al borde de la catástrofe.

El horizonte de esta segunda era de la globalización parece oscuro, pero Habermas sugiere que es posible llevar a cabo este proceso hacia otra época de regulación social prescindiendo de un periodo intermedio de catástrofes. El peligro descansa en el hecho de que esta Gran Transformación, incluso más que la primera, parece estar desraizando las solidaridades necesarias para una futura respuesta democrática. ¿Dónde está el refugio de optimismo en este desolado paisaje de desigualdad y atomización? La tácita premisa que se deriva de todo ello resulta paradójica: el declive de las antiguas comunidades de destino es precisamente lo que hace posible los dos mayores avances en el proceso de racionalización: la eutanasia del nacionalismo en sus tierras de origen y una irreversible feminización progresiva de la sociedad. Para el historiador alemán Lutz Niethammer esta grotesca yuxtaposición de desarrollos progresistas y regresivos conforma el modelo por excelencia de una época de políticas de identidad; un mundo demasiado propenso a romperse en añicos por mor de guerras entre culturas de corte hobbesiano. Habermas se muestra más ardoroso. Pero si el multiculturalismo y el feminismo no bastan para eludir fusiones catastróficas y reacciones nacionalistas fuera de la zona de la OCDE, ¿cuál es la fuerza que agregará al mundo en la era de transición que se avecina?

Habermas está dando por sentada la articulación en un engranaje superior de la racionalización de las relaciones interestatales. En su opinión, a diferencia de lo ocurrido durante la primera mitad del siglo xx, la segunda revela una tendencia hacia la pacificación de las mismas. En primer lugar, rompiendo absolutamente con los precedentes históricos, todos los países del capitalismo avanzado se han convertido en democracias liberales acorazadas en el interior de un sistema de seguridad de dominio estadounidense, de tal manera que la guerra entre ellos se ha vuelto impensable. En segundo lugar, el colapso del imperio soviético ha eliminado por ahora la amenaza de la guerra nuclear que previamente se cernía sobre esta racionalización interna del Estado y de la sociedad occidentales. Para Habermas, la visión de Kant de un progreso histórico conducente a una federación mundial se ha convertido al fin en una perspectiva realizable en la era posterior a la Guerra Fría. Bajo este punto de vista, la caza de los Estados canallas constituye una limpieza general de los restos históricos que quedan de la era del nacionalismo.

Durante la década de 1990 Habermas prosiguió en el desarrollo de esta concepción del nuevo orden mundial cristalizado en torno a las leyes humanitarias, impávido ante la legalidad prepotente y los daños colaterales del estado de guerra neoimperial. Sugiere que la experiencia histórica de la última mitad del siglo xx permite una revisión de las premisas esenciales del esquema de Kant donde traza la expansión del derecho internacional dentro del mundo de la guerra, del comercio y de la diplomacia. Siguiendo a Kant, el poder estatal se vería forzado por una esfera de opinión pública emergente en toda Europa en primer lugar a actuar de acuerdo con las limitaciones constitucionales, acto seguido a renunciar a entrar en guerra contra otros Estados constitucionales y, finalmente, a dar el salto

a una federación irrevocable con estos últimos. Kant se oponía firmemente a la idea de que algún Estado pudiera jamás ser habilitado para establecer este orden bajo sus propias condiciones. El resultado, observa Habermas, es que «él está obligado a confiar exclusivamente en la propia obligación moral asumida por cada gobierno. Pero esta confianza es a duras penas reconciliable con la descripción sobriamente realista que hace Kant de la política de su propia época».

¿Qué es lo que ha cambiado en el mundo desde la época de Kant que ahora garantice una descripción realista menos sobriamente realista de los asuntos internacionales? Habermas defiende que en la era de la globalización, «el “poder blando” desplaza al “poder duro” y priva a los sujetos a quienes se adecuaba la asociación libre de Estados kantiana del fundamento mismo de su independencia». Esto ha conducido a la emergencia de una «sociedad civil» global que ofrece el escenario político para una agenda de los derechos humanos. Incluso un dominio mundial de los medios de comunicación, dividido entre monstruos de las multinacionales y posmodernos magnates estafadores, presta esporádicamente cobertura a violaciones de derechos humanos, a hambrunas y a otras calamidades de relevancia. Habermas parece creer que si Kant hubiera vivido para ver el comienzo del segundo siglo americano, seguramente también se la hubiera jugado y abrazaría un imperio republicano capaz de pasar por encima del umbral de la soberanía estatal y de imponer una nueva forma de gobierno mundial.

Mientras Habermas expresaba la esperanza de que este proceso se desarrollara dentro del marco de una ONU reformada, se hacía claro con la creación de zonas angloestadounidenses de tráfico aéreo restringido sobre Irak, y obviamente con ocasión del dictado de Rambouillet, que estaban emergiendo los perfiles de otro orden mundial donde la función de la Asamblea General se reduce a la absoluta irrelevancia y el Consejo de Seguridad al indigno papel de otorgante, cuando se le solicite, de la cobertura legal para las decisiones soberanas tomadas desde la Casa Blanca. Habermas, al igual que muchos otros de la izquierda europea, tienen dificultad para concebir las Naciones Unidas como lo que son en realidad. Pero en una época de transición entre viejos y nuevos regímenes interestatales su teoría política normativa puede ejercer una función ideológica esencial. Ofrece un método para construir un puente sobre lo que pasa por ser la tierra de nadie interpretativa que media entre las progresivamente extintas normas de la Carta de Naciones Unidas y la pretendida estructura ideal de obligaciones a tenor de un derecho internacional supuestamente en camino; es decir, un orden legal que aún está por llegar, pero cuyas normas humanitarias pueden ser invocadas por el Estado más poderoso del mundo para autorizar cualquier distanciamiento del marco ofrecido por la Carta. La incipiente legislación blanda en materia de derechos humanos ahora requiere de un régimen de emergencia a base de artillería pesada y explosivos de largo alcance para cobrar existencia.

Habermas no ha sentido la necesidad de revisar su confianza en la nueva *mission civilisatrice* occidental ante las recientes declaraciones estadounidenses por las que se afirma la eterna supremacía americana mientras el Pentágono se prepara para la toma Bagdad. Aunque expresa los habituales celos europeos acerca de los peligros del «unilateralismo», al mismo tiempo ha tachado de lamentable la declaración de Schroeder según la cual Alemania no participaría en la invasión de Irak incluso aunque el Consejo de Seguridad lo aprobara oficialmente, pues esta postura no dispensa el «respeto incondicional hacia la autoridad de las Naciones Unidas». Hubiera sido preferible la actitud leal del ministro de Asuntos Exteriores Fischer, favorito de Habermas y del Departamento de Estado. Una vez más, para Habermas la cuestión decisiva es el *language* utilizado para justificar el último de los estados de excepción, como si esto fuera lo que determina la arquitectura definitiva de la política mundial. Aquí radica la distinción con la cual engalanaba (en una reciente entrevista en *The Nation*) los motivos para la guerra en los Balcanes:

En la Europa continental los partidarios de la intervención tuvieron que esforzarse mucho para esgrimir argumentos realmente débiles basados en el derecho internacional con la finalidad de insistir en que la acción iba dirigida a promover lo que para ellos era la transición desde un derecho internacional blando hacia un régimen de derechos humanos plenamente implementado, al margen de que tanto los abogados estadounidenses como los británicos permanecieron en su tradicional nacionalismo liberal. Estos abogados no apelaban a los «principios» de un futuro orden constitucional sino que se contentaban con hacer valer su exigencia de un reconocimiento internacional de lo que consideraban la vigencia universal de sus propios «valores» nacionales.

El engañoso juego de principios *versus* valores define los parámetros del único debate que el último Habermas considera pertinente. Las conversaciones con Rawls y con Rorty —«los herederos de Jefferson»— pierden toda su sustancia pretendiendo justificar con distintos lenguajes el edicto de la democracia liberal. El reconocimiento de que «la idea de un orden cosmopolita justo y pacífico carece de cualquier soporte histórico y filosófico» no disuade a Habermas para concluir que no hay alternativa a luchar por su realización, incluso cuando sus expresiones militares, con toda su buena voluntad, hasta ahora hayan dejado algo que desear. La sospecha de que esta pura ilusión pueda excluir una comprensión histórica y filosófica del mundo real ha sido satisfactoriamente mantenida a raya. Habermas ha escrito recientemente que Herbert Marcuse creía que su función consistía en introducir un vocabulario que solamente podría abrir los ojos que se mantienen velados a las realidades invisibilizadas «bañando los fenómenos aparentemente extraños con un contraluz descarnado». Pero reconstruir este lenguaje olvidado y aprender a hablarlo es la única vocación de una teoría que se dice genuinamente crítica.